

I

En un campesino de Escocia, Roberto Burns, se revela por primera vez el espíritu nuevo. Y en efecto; el hombre y las circunstancias son á propósito; difícilmente se juntaron nunca más miseria y más talento. Nació en Enero de 1759 entre las escarchas de un invierno escocés, en una cabaña de barro construida por las manos de su padre, pobre labrador del condado de Ayr: triste condición, triste país, triste cabaña. La vivienda se vino abajo algunos días después de su nacimiento, y su madre, en medio de la tempestad, se vió obligada á refugiarse con él en casa de un vecino. Es duro nacer en esa comarca; el cielo es tan frío, que en el mes de Julio, en un día de sol, no me sobraba á mí el abrigo en Glasgow. La tierra es mala: colinas desnudas donde á menudo falta la cosecha. El padre de Burns, ya de edad, sin más recurso apenas que sus brazos, teniendo que pagar un arrendamiento demasiado caro por su tierra, cargado de siete hijos, vivía á fuerza de economía, ó, más bien, de ayuno, solitariamente, para evitar la tentación de gasto. «Durante varios años, la carne fué una cosa desconocida en la casa.» Roberto iba descalzo y con la cabeza al aire; á los trece años trillaba; á los quince «era el principal labrador de la hacienda». La familia hacía todos los menesteres; no tenía criado ni criada. Apenas se comía, y se trabajaba con exceso. «Hasta los diez y seis años (dice Burns), la tristeza melancólica de un ermitaño con la labor incesante de un galeote: he ahí mi vida.» Se encorvó su espalda; le invadió la melanco-

lia; casi todas las noches tenía pesadez y dolor de cabeza; más tarde vinieron las palpitaciones, y de noche se ahogaba en la cama y estaba á punto de desvanecerse. «La angustia que sentíamos (dice su hermano), era grandísima.» El padre envejecía; su cabeza cana, su frente pensativa, sus sienes adelgazadas, su espalda encorvada atestiguaban los trabajos y penalidades que le habían consumido. El agente de negocios escribía cartas insolentes y amenazadoras «que arrancaban lágrimas á toda la familia». Hubo un respiro cuando el padre cambió de tierra; pero se promovió un pleito entre él y el propietario. En fin, «después de zarandeado durante tres años por el torbellino curialesco (dice Burns con amargura), fué salvado de los horrores de la cárcel por una enfermedad del pecho que, después de dos años de anuncios, tuvo á bien intervenir». A fin de arrancar alguna cosa de las garras de la curia, los dos hijos y las dos hijas mayores se vieron obligados á presentarse como acreedores de la sucesión por sus atrasos de salario. Con ese pequeño peculio tomaron en arrendamiento otra tierra. Roberto tuvo siete libras esterlinas anuales por su trabajo: durante varios años su gasto entero no excedió de esa mísera cantidad; estaba decidido á salir adelante á fuerza de trabajo y abstinencia. «Leí libros de cultivo; calculé las cosechas, seguí el movimiento del mercado; pero el primer año, por la mala calidad de la semilla, y, el siguiente, por lo tardío de la recolección, perdimos la mitad de la cosecha.» Las desventuras se acumulaban unas sobre otras; la pobreza no deja nunca de engendrarlas. El herrero Armour, cuya hija era amante de Burns, le perseguía en justicia para sacarle dinero y se negaba á aceptarle por yerno. Juana Armour le abandonaba; él no podía dar su

nombre al hijo que iba á tener. Se veía obligado á ocultarse; había sido sometido á una penitencia pública. Escribía «que su alegría en ratos de expansión no era más que la locura del criminal ebrio en manos del verdugo». Resolvió salir de su patria: mediante treinta libras esterlinas anuales, se ajustó con Mr. Carlos Douglas para ser tenedor de libros en la Jamaica; por falta de dinero para pagar el pasaje, estaba á punto de someterse á esa especie de contrato de servidumbre que esclavizaba á los aprendices, cuando el éxito de su volumen le puso veinte guineas en la mano, y le permitió respirar durante cierto tiempo. Tal fué su vida hasta los veintisiete años; y la que siguió no valió mucho más.

Figuraos en esa condición un hombre de genio, un verdadero poeta capaz de las emociones más delicadas y de las aspiraciones más altas, que quiere subir, subir á la cumbre, que se cree capaz y digno de ello (1). Desde temprano había sentido el agujón de la ambición; había tanteado á ciegas, «como el ciclope en su antro», los muros de la cueva en que se hallaba recluso; pero «las dos únicas salidas eran la puerta de la economía sórdida ó el sendero del tráfico ruin. La primera es una abertura tan angosta que yo nunca hubiese podido estrecharme bastante para pasar por ella; el segundo le he odiado siempre; había cieno á la misma entrada». Los bajos oficios oprimen el alma más aún que el cuerpo: el hombre perece allí, y no tiene más remedio que perecer; es forzoso que no quede de él más que una máquina, porque en esa acción donde todo es monótono, donde durante el día entero

(1) La mayoría de estos detalles están sacados de la *Biografía de Burns*, por Chambers, en cuatro tomos.

los brazos levantan el mismo látigo y hunden el mismo arado, si el pensamiento no toma ese movimiento uniforme, se hace mal la labor. Guárdese el poeta de dejarse distraer por la poesía; guárdese de hacer lo que Burns, «de no pensar en su trabajo más que cuando está en él». Debe pensar en él siempre, por la noche al desuncir el ganado, el domingo al ponerse la ropa nueva; debe contar por los dedos los huevos y las aves, pensar en las especies de estiércol, ver la manera de no gastar más que un par de zapatos y de sacar un céntimo más por cada haz de hierba. No prosperará, si no tiene la paciencia mecánica de un bracero y la vigilancia astuta de un pequeño mercader. ¿Cómo querer que prospere el pobre Burns? Era un desheredado de la fortuna, y pugnaba por salir de su condición con todas sus fuerzas. En la granja de Lochlea, durante las horas de las comidas, únicos instantes de descanso, padres é hijos comían con una cuchara en una mano y un libro en la otra. Burns, en la escuela del agrimensor, y más tarde en un club de jóvenes, en Torbolton, agitaba, por ejercitarse, las cuestiones generales, y defendía el pro y el contra, á fin de ver los dos lados de cada idea. Llevaba un libro en el bolsillo para estudiar en el campo en los ratos libres; dejó así fuera de uso dos ejemplares de Mackensie. «La colección de canciones era mi *vademecum*. Devoraba con los ojos, guiando mi carreta, canción tras canción, verso tras verso, notando detenidamente el verdadero, el tierno, el sublime, para distinguirlos de la afectación y de la hinchazón...» Sostenía correspondencia deliberadamente con sus compañeros de clase para formar su estilo; llevaba un diario, donde estampaba reflexiones sobre el hombre, sobre la religión, sobre los más grandes asuntos, y criticaba sus

primeras obras. «Ningún corazón ha suspirado más ardientemente que el mío por la dicha de distinguirse.» Adivinaba así lo que no sabía, se elevaba solo hasta el nivel de los más cultos. Dentro de poco va á poder juzgar en Edimburgo á los doctores respetados, incluso á Blair; verá que Blair tiene luces adquiridas, pero que carece de fondo. En este momento estudia con minuciosidad y amor las antiguas baladas escocesas, y por la noche en su frío chiribitil, de día silbando á su yunta, inventa formas é ideas. Hay que pensar en esto para medir su esfuerzo, para comprender sus miserias y su sublevación. Hay que pensar, que el hombre en quien se agitan esas grandes ideas brega en los campos, limpia sus vacas, va á cavar turba, se zambulle en un fango de nieve, y teme encontrar á la vuelta alguaciles que le lleven á la cárcel. Hay que advertir aún que, juntamente con las ideas de un pensador, tiene las delicadezas y los ensueños de un poeta. Una vez, habiendo dirigido los ojos á una estampa que representaba á un soldado muerto, y á su lado su mujer, su hijo y su perro, en medio de la nieve, de pronto, involuntariamente, se deshizo en lágrimas. Los huracanes de invierno azotando los árboles, bajo un cielo nublado, «le exaltaban, le ponían fuera de sí». Otra vez, paseando en primavera, «escuchaba (dice) los pájaros, y me apartaba á menudo de mi camino para no interrumpir sus cancioncillas ó ahuyentarlos. Aun á la rama de espino que avanzaba al través del camino, ¿qué corazón hubiese podido hacerla daño en semejante momento?» Ese enjambre de sueños grandiosos ó graciosos es el que venía á aplastar, cuando iban á emprender el vuelo, la servidumbre de la labor mecánica y de la economía perpetua. Unase á esto un carácter altivo, tan altivo, que más tarde en la socie-

dad, entre los grandes, el temor de todo lo que podía acercarse á la bajeza y al servilismo le hacía parecer casi áspero y rudo. Pobre desconocido como era, tenía casi tan alta opinión de mí mismo y de mis obras como ahora que el público ha fallado en su favor.» No es asombroso que se encuentren á cada paso en sus poesías las reclamaciones amargas de un plebeyo oprimido y sublevado.

Las formula contra la sociedad entera, contra el Estado y contra la Iglesia. Tiene el acento acerbo, aun á veces las frases de Rousseau, y quisiera «ser un vigoroso salvaje», salir de la vida civilizada, de la dependencia y de las humillaciones que impone al miserable. «Es duro ver á un señor que por su capacidad hubiera podido elevarse á la dignidad de sastre á ocho peniques por día, y cuyo corazón no vale tres ardites, recibir las atenciones y consideraciones que se niegan al hombre de genio pobre.» Es duro ver «á un pobre, extenuado de fatiga, completamente abyecto y rebajado, pedir á uno de sus hermanos de la tierra que le dé permiso para trabajar». Es duro «ver á ese gusano señorial rechazar la misera súplica, sin pensar en los lamentos de la mujer llorosa y de los hijos sin pan». Cuando soplan los vientos del invierno, atrancando la puerta con sus ráfagas de nieve, el campesino, arriado á su misero fuego de turba, piensa en los grandes hogares bien caldeados de los nobles y de los ricos, «y á veces le cuesta trabajo dominar su actitud al ver cómo están repartidas las cosas, cómo los mejores padecen necesidades, mientras hay imbéciles que nadan en oro». Pero, sobre todo, el corazón «se estremece y se gangrena al ver su maldito orgullo». — «Un hombre es un hombre después de todo», y el rústico vale lo mismo que el señor. Hay quienes son nobles

por naturaleza, y no hay más nobles que esos; la ropa es cuestión de sastre, los títulos cuestión de cancillería, y «la única patente verdadera de honor es la que se recibe directamente de manos del Dios todopoderoso». Contra los que destruyen esa igualdad natural, Burns es despiadado. El menor suceso le saca de quicio. Léase la epístola del Beelcebub «al respetabilísimo conde de Breadalvane, presidente de la respetable sociedad de los *highlands*, reunida el 23 de Mayo último, en Covent-Garden, para concertar medios y medidas á fin de desbaratar el proyecto de quinientos *highlanders*, que escandalosamente habían tratado de sustraerse á sus amos y señores de quienes eran propiedad legítima, emigrando á los desiertos del Canadá en busca de esa quimera que llaman libertad». Rara vez fué más prolongado y acerado el insulto; y la amenaza no estaba lejos. Advirtió á los diputados escoceses como revolucionario: «¡Renunciad á vuestros impuestos sobre el whiskey, ó andad sobre aviso!» La pobre madre Escocia quiere recobrar su cántaro y su olla. «Y, ¡por Dios!, si la apuráis demasiado, se remangará su sayo de tartán; se echará á la calle, puñal y pistola al cinto, y clavará la hoja hasta el mango al primero que encuentre.» Con tales sentimientos no necesito decir que Burns está por la revolución francesa. Vano es que escriba que en política «un hombre pobre debe ser sordo y ciego, debe dejar á los grandes el privilegio de ver y de oír». Él ve y oye; más aún; habla, y muy alto. Felicita á los franceses por haber rechazado á la Europa conservadora que se había coligado contra ellos. Celebra el árbol de la libertad. «En ese árbol crece un fruto singular; todo el mundo podrá decir sus virtudes, amigo mío. Eleva al hombre por cima del bruto, y hace que se conozca á sí propio.

Que el campesino pruebe un pedazo, y cátele más grande que un señor, amigo mío. El rey Luis pensaba cortarle cuando era aún muy pequeño. Por eso el centinela le rompió la corona y le cortó la cabeza, amigo mío.» Extraña alegría, completamente salvaje y nerviosa, y que, con mejor estilo, se asemeja á la del *Çaira*.

No es más suave con la Iglesia. A la sazón la estrecha vestidura puritana empezaba á crujir; ya la sociedad ilustrada de Edimburgo la había afrancesado, ensanchado, apropiado á los gustos del mundo, guardado de adornos, no muy brillantes, á la verdad, pero bien escogidos. Más abajo el dogma se relajaba, se acercaba gradualmente á las atenuaciones de Arminius y de Socín. John Goldie, un negociante, había discutido recientemente (1) la autoridad de las Escrituras; John Taylor había negado el pecado original. El padre de Burns, tan piadoso, se inclinaba hacia las doctrinas liberales y humanas, y mermaba la parte de la fe para aumentar la de la razón. Burns, según su costumbre, extremó las cosas; resultó deísta; no vió en Jesucristo más que un hombre inspirado; redujo la religión al sentimiento íntimo y poético, y persiguió con sus burlas á los ortodoxos oficiales y pagados. Desde Voltaire nadie ha sido más burlón ni más mordaz en materia religiosa. Según él, los ministros eclesiásticos son mercaderes que tratan de quitarse unos á otros la parroquia; gritan desaforadamente contra el puesto del competidor; celebran sus drogas con gran aparato de anuncios, y abren aquí y allí ferias para activar el consumo. «Esas ferias sagradas» son las reuniones piadosas donde se confieren los sacramentos

(1) 1780.

Sucesivamente predicán y truenan los ministros, sobre todo el reverendo Moodie, que se revuelve y echa espumarajos para ilustrar los puntos de la fe: ¡figura terrible! «Si Satán se presentase aquí entre los hijos de Dios, como en los antiguos días, ese espectáculo bastaría para ahuyentarle lleno de espanto.»—«¡Cómo retumba su voz, y qué porrazos da! ¡Cómo golpea con el pie y cómo salta! Su barba alargada, su nariz remangada, sus aullidos, sus ademanes descompuestos caldean los corazones devotos, á la manera de los parches de cantáridas.»—Se pone ronco y hay un descanso; los congregados comen, sacando á relucir las tortas y el queso; los jóvenes abrazan por la cintura á sus beldades; así estaban bien para escuchar. Gran bullicio en la posada; suenan los jarros sobre la mesa; el whiskey circula, y proporciona argumentos á los bebedores que comentan el sermón; se aplasta á la razón carnal; se exalta la fe gratuita; argumentos y patadas, voces de vendedores y de bebedores, todo se mezcla: es una *kermesse* teológica. «Pero ahora resuena la trompeta del Señor, haciendo mugir á las colinas. Es Russell el Negro, que no se queda corto. Sus penetrantes palabras, como una espada de los *highlands*, traspasan los miembros hasta la medula; habla del infierno donde habitan los diablos, un ancho pozo sin fondo, sin límites, lleno de azufre inflamado, donde la llama furiosa y el calor devorador fundirán la más dura piedra de afilar; las ovejas, medio adormecidas, se sobresaltan con espanto creyendo oír mugir el abismo, y descubren que es alguno que ronca.» Por fin se dispersan. ¡A cuántos pecadores y muchachas se ha convertido en ese día! Los corazones de piedra se han derretido. Los unos están llenos de amor divino; los otros están llenos de aguardiente.» Los jóvenes han

tenido cita con las muchachas, y el diablo ha hecho su negocio mejor aún que Dios. ¡Bella y moral ceremonia! guardémosla preciosamente, y también nuestra sabia teología que condena á las gentes «cinco mil años antes de su nacimiento». En cuanto al perro del sentido común que muerde tan de firme, desterrémosle allende los mares: «¡Que se vaya á ladrar á Francia!» Porque, ¿dónde encontrar nada mejor que nuestros reverendos Willis el santo, por ejemplo? Se siente predestinado, lleno de la gracia, que no le faltará nunca; de modo que el que se le opone se opone á Dios, y no merece sino que le ahorquen; Willis puede difamar á ese pícaro y perseguirle en conciencia. «En cuanto á mí (dice Burns), mejor querría ser ateo declarado que hacer del Evangelio una pantalla.»—«A un hombre de bien puede gustarle un vaso, á un hombre de bien puede gustarle una muchacha; pero desdeñará siempre la venganza ruin y la maldad desleal. ¡Y ahora desplegad celo por el Evangelio! ¡Gritad fuerte, como algunos que conocemos nosotros!» Hay una belleza, una honradez, una felicidad fuera de los convencionalismos y de la hipocresía, más allá de las predicaciones correctas y de los salones decorosos, al lado de los *gentlemen* de corbata blanca y de los reverendos de alzacuello nuevo.

Burns escribe aquí su obra maestra, *Los Vagabundos* (1), semejante á la de Béranger, pero ¡cuánto más pintoresca, más variada y poderosa! Es á fines de otoño; las pardas hojas ruedan impelidas por el viento; una alegre partida de vagabundos, buenos diablos, van á regodearse á la taberna de Poesie Nansie. «Beben y rien, cantan y bullen, golpean y saltan, al par

(1) *The Jolly Beggars.*

que suenan las tarteras.» El primero, arrimado al fuego, vestido de pingos rojos, es un soldado con su hembra; la mujer ha bebido bien; él la besa y la acerca aun la boca golosa; los besazos restallan como látigo de carretero, y el hombre, tambaleándose sobre la muleta, con aire calavera, entona á grito herido su canción: «Yo estaba en Curtis en las baterías flotantes y allí dejé en testimonio un brazo y una pierna. Sin embargo, que mi país me necesite, y me dé á Elliot por jefe, y se oirá golpear al son del tambor mi pierna de palo.» El coro repite, y las voces retumban; los ratones, asustados, se guarecen en lo más profundo de sus agujeros. Ahora le toca la vez á la hembra: «Yo era moza en otro tiempo, aunque no puedo decir cuándo. Aún ahora, mi delicia son los guapos mozos.» Su padre fué un dragón, no está muy enterada de cuál; por eso todos sus galanes han llevado uniforme: primero, el tambor; luego el capellán. «Pronto me cansé de mi imbécil reverendo. Por marido tomé el regimiento en conjunto. Desde el dorado espontón hasta el pí-fano, todos me encontraban dispuesta.» Después la paz la dejó á la cuarta pregunta; pero en la feria de Cunningham volvió á encontrar á su buena pieza: ¡llevaba colgados tan airosamente los pingajos del uniforme! Volvió á arreglarse con él, y, «mientras pueda tener firme el vaso con las dos manos, beberá á la salud de su héroe». Me parece que eso es hablar claro, y que el poeta no se muerde la lengua. Sus otros personajes son por el estilo: un payaso, una mocetona cortabolsas, un pobre enano rascacuerdas, un calderero ambulante, todos desharrapados y vocingleros, bohemios que se agarran, se zurrean, se abrazan y hacen temblar los vidrios con las explosiones de su buen humor. «Vacían sus morrales, empeñan sus trapos, no

se quedan más que con lo preciso para taparse el trasero», y su coro sube como un trueno, haciendo retremblar las vigas y las paredes:

«¡Al diablo los protegidos por la ley. La libertad es un glorioso festín. Los tribunales se han hecho para los mandrias; las iglesias para dar gusto al sacerdote!»

«¿Qué es un título? ¿qué es un tesoro? ¿qué es el cuidado de una reputación? Si nosotros llevamos una vida de placer, poco importa dónde y cómo.»

«Con nuestras artimañas y nuestras patrañas, rodamos de un lado para otro todo el día, y por la noche abrazamos á nuestras arrastradas sobre el heno del pajar ó del establo.»

«La vida no es más que una casaca de arlequín; nosotros no miramos cómo sienta. Que sermoneen sobre el decoro los que tienen reputaciones que perder.»

«¡A la salud de las alforjas, de los zurriones y los morrales! ¡A la salud de toda la tuna! ¡A la salud de nuestra prole y de nuestras hembras! ¡Gritemos todos y cada uno: *amén!*»

«¡Al diablo los protegidos por la ley. La libertad es un glorioso festín. Los tribunales se han hecho para los mandrias; las iglesias para dar gusto al sacerdote!»

«¿Hay quien haya hablado mejor el lenguaje de los rebeldes y de los niveladores? Existe aquí, sin embargo, algo más que el instinto de la destrucción y el llamamiento á los sentidos; existe el odio al *cant* y el retorno á la naturaleza. «¡Moralidad (dice en alguna parte), mortal veneno, tú también has matado gente á millares! ¡Gracias á ti, espera en vano el que toma por guía y sostén la verdad, la justicia y la piedad!» ¡La piedad! Esa gran palabra lo renueva todo. Como en otros días, hace mil ochocientos años, los hombres saltan por los formularios y las prescripciones legales.

Como en otros días, en los de Virgilio y Marco Aurelio, la sensibilidad refinada y la amplia simpatía abrazan á seres que parecían excluidos por siempre de la sociedad y de la ley. Burns se enternece sinceramente, por una oveja que se ha herido, por un ratón cuya guarida ha estropeado su arado, por una margarita de montaña. Hombre, animal ó planta, ¿hay tan grande diferencia? Un ratón acopia, calcula, sufre como un hombre. «Cierto que roba de cuando en cuando; pero ¿y qué? ¡Pobre animal! preciso es que viva.» No se siente ya deseo de maldecir ni aun á los antiguos condenados, á los grandes malhechores, á Satán y sus huestes; como los fanfarrones de taberna y los mendigos que se ha visto hace poco, tienen sus méritos, y quizá, después de todo, no son tan malos como se dice. He aquí, por ejemplo, «el viejo cornudo, el zorro ladino que nos ha jugado tan malas pasadas, sobre todo el día que se escurrió de incógnito en el paraíso», y causó la desgracia de nuestros primeros padres. Ahora «en su caverna ahumada, derrama azufre sobre la pobre gente. Sin embargo (dice Burns), yo estoy seguro de que no es un gran placer, ni aun para un diablo, deslomar y escaldar á los pobres perros como yo, y oírlos berrear. Buenas noches, amigo Nick. ¡Si pudieseis tener una buena idea y enmendaros! Acaso entonces podríais... ¿quién sabe?... tener alguna probabilidad... Me da pena pensar en ese agujero negro de allá abajo, aunque no fuese más que por vos», se ve que habla al diablo como á un compañero desgraciado, de mala ralea, pero sumido en la aflicción. Demos un paso más, y veremos que en un poema contemporáneo, en Goethe, no se condena gran cosa al mismo Mefistófeles; su dios, el dios moderno, le tolera y le declara que jamás ha odiado á sus congéneres. Es que la

amplia naturaleza conciliadora reúne en sus coros con iguales títulos á los ministros de destrucción y á los ministros de vida. En medio de este profundo cambio, cambia el ideal; la vida ordinaria y arreglada, el estricto deber puritano, no agotan todas las potencias del hombre. Burns reclama en favor del instinto y del goce, hasta parecer epicúreo. Tiene verdadera alegría, vena cómica; la risa le parece una cosa buena; la ensalza, y ensalza también las buenas cenas de buenos amigos, donde circula el vino, donde menudean las bromas, donde bullen las ideas, donde centellea la poesía, haciendo bailar en el cerebro humano una mascarada de bellas figuras y de personajes de buen humor.

Enamorado, lo fué siempre. Hasta tal punto hacía del amor el gran objeto de su vida, que en el club que fundó con los jóvenes de Torbolton, se impuso á cada miembro la obligación «de ser el amante declarado de una ó varias buenas mozas». Desde la edad de quince años, ese fué su principal objeto. Tenía por compañera en las faenas de la recolección una dulce y amable muchacha, de un año menos que él. «Sin saberlo (dice) ella me inició en esa pasión deliciosa que, á pesar de las amargas decepciones y de cuanto diga una filosofía huera, es aún la primera de las alegrías humanas, nuestra más cara bendición aquí abajo.» Cuando habían recogido la mies, se sentaba junto á ella con un placer que no comprendía, para quitarla las barbas de espiga que tenía en los dedos. Tuvo sin duda otros caprichos, y menos inocentes; yo creo que era sino suyo el enamorarse de todas las mujeres; en viendo una muchacha bonita, se extasiaba; su diario y sus canciones revelan que, á la menor mariposa, dorada ó no, que parecía ir á posarse, ya estaba él de